

podrás aún rodear á caballo el lugar donde existió (1). Pueblos que ella hubiera mirado con desprecio cuando estuvo en su mayor prosperidad fueron á explotarla como una cantera, y levantaron con las piedras de sus templos y palacios las murallas que hoy les sirven de defensa. Sobre su mismo suelo, hay aún en lo alto de un peñón casas que constituyen un pequeño pueblo; mas ¡ah! son como los nidos del buho y del cuervo sobre las ruinas de nuestros caudillos feudales. La miseria devora á los habitantes de ese lugar triste y solitario, donde los pantanos envenenan el aire y el arado no sirve sino para remover las alhajas y los tesoros de la ciudad antigua, sepultados en las arenas de ese desierto. Los buhos y los cuervos de nuestros castillos derruidos se alimentan con la carne de los muertos; los habitantes de Ampurias, con lo que les producen las joyas de

tigua Emporió, desde la época á que hace referencia el texto, no haya permitido añadir muchos datos á los muy reducidos que de los principios de aquella histórica ciudad se tenían, ya que se discute aún su identidad con la ibérica *Indica* de fundación remotísima ó su origen puramente griego en el siglo v antes de nuestra era; no obstante, el estudio comparativo de las piedras labradas, monedas, fragmentos de cerámica y mosaicos que allí se han encontrado, ha servido para ilustrar este punto. Entre tales antigüedades merece especial mención el mosaico que representa el sacrificio de Ifigenia, descubierto en 1849 entre las ruinas de un edificio antiguo, y que ha llamado siempre la atención de los arqueólogos por la importancia del asunto. Hoy, gracias á los trabajos especiales de PUJOL sobre numismática emporitana, y á las obras de BOTET Y SISÓ: *Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad de Emporió*, y de PELLA: *Historia del Ampurdán* (en publicación), podemos apreciar la verdadera importancia de la antigua metrópoli comercial, conocer sus artes y su tráfico y tener una idea exacta de su perímetro y extensión en las dos partes de ciudad indiketa y griega.

(1) Los muros de Ampurias eran, por lo que permiten juzgar sus restos, anchos y abovedados: los grandes sillares que cubrían su armazón han servido para edificar las murallas de los pueblos vecinos (a).

(a) Pella, en la obra citada, rectifica esta opinión respecto los muros de Ampurias, que examinados con detención resultan contruidos de piedras sueltas sin argamasa, revestidas exteriormente de tapia hecha de una mezcla de tierra arcillosa, cal y arena; de manera que formaban una masa compacta de un grueso de 3'10 metros. Los huecos, que á semejanza de bóvedas se ven hoy día, son debidos á haberse ido extrayendo del corazón del muro las piedras sueltas. Esta muralla se conserva hoy en una extensión de 255 metros.

En su cara superior nóntase de trecho en trecho y á distancias iguales, unas ranuras transversales hechas con molde, al parecer, al construirse la tapia, las cuales pueden atribuirse á que debieron sostener una fortificación de madera que descansando sobre el muro venía á completar su manguada altura, que es sólo de cuatro metros.

una generación encerrada en esa inmensa tumba. Como si esa tierra fuese maldita, el aire del norte sigue persiguiendo las mugrientas chozas de esos desventurados y las va cubriendo con las arenas que levanta y arremolina (a).

### San Pedro de Roda

\* Al apartar sus ojos de ese triste sepulcro de una ciudad que fué, diríjalos el viajero hacia occidente y admire casi en toda su latitud el Ampurdán, que se extenderá á su vista desde el Pirineo hasta más allá de donde el Ter baña los muros de Torruella de Montgrí y azota las orillas de las islas Medas. Fije luégo la atención en el monte que le ha servido de pedestal para abarcar de una ojeada tan dilatado espacio; y, si desea recordar algunos hechos de las guerras feudales, ó busca datos interesantes para la historia del arte, observe la doble faja de murallas que coronan su cúspide casi inaccesible y examine las ruinas del monasterio que ocupa sus vertientes orientales. Aquellos muros son los únicos restos del castillo de San Salvador; allí dominaron los señores de Peralada; allí pelearon con éstos los condes de Ampurias, caballeros los más temidos de la comarca, espléndidos en sus palacios, fieros en los campos de batalla, humildes con sus inferiores, orgullosos con sus soberanos, siempre dispuestos á la guerra aun cuando debiesen hacerla con príncipes y reyes; allí dominaron los preladados de la vecina

(a) La existencia de Ampurias como á ciudad se prolonga hasta fines del siglo XII, pues se la encuentra sede del obispado empuritano durante la dominación visigoda (516 á 693); tomada por los árabes en 848 y destruida probablemente por los normandos en sus primeras devastaciones por las costas catalanas (858-61), después de lo cual sería reedificada á principios del siglo X (935) en tiempo del conde Gausberto, como lo fué su iglesia. Se halla después mencionada en documentos de los años 1002 (*in Impuria civitate*) y 1130 (*in civitate Impurias*); se tienen noticias de monedas de la misma en el siglo XII, y de una invasión, en el condado, de árabes mallorquines en 1178, que destruirían sin duda la ciudad.

BALAGUER Y MERINO: *Ordinacions y bans del Comtat d'Empurias*, Montpellier, 1879.

abadía de San Pedro á quienes lo cedieron generosamente esos mismos condes, quizás pocos años después de su victoria (1). El monasterio, teatro de escenas sangrientas, trono de una religión, morada de un santo, precioso monumento del siglo x, donde por espacio de ochocientos años hicieron brillar su piedad y su magnificencia los más distinguidos personajes del Principado, aún hoy, abandonado por sus monjes, habitado por la soledad y el silencio, medio hundido entre sus propios escombros, destrozado allá por el furor de las armas, devorado acá por el incendio, destruido acullá por el tiempo á cuyo impulso se desmorona hoy un arco y mañana se derrumba un techo, ofrece bellas perspectivas al pintor, magníficos detalles al escultor, líneas grandiosas y atrevidas al arquitecto, trazos sumamente característicos al que pretenda estudiar la marcha del arte cristiano durante la Edad media, marcha lenta y en ciertos períodos casi imperceptible. En él está vivamente reflejada la época en que las reminiscencias del estilo romano dirigían la mano del artista bizantino: los entrelazos, los follajes, las mil caprichosas combinaciones de los neo-griegos apenas logran confundir nunca las grandes líneas de la arquitectura del imperio, que aunque exageradas y sin la proporción debida, campean de una manera admirable en el interior del templo.

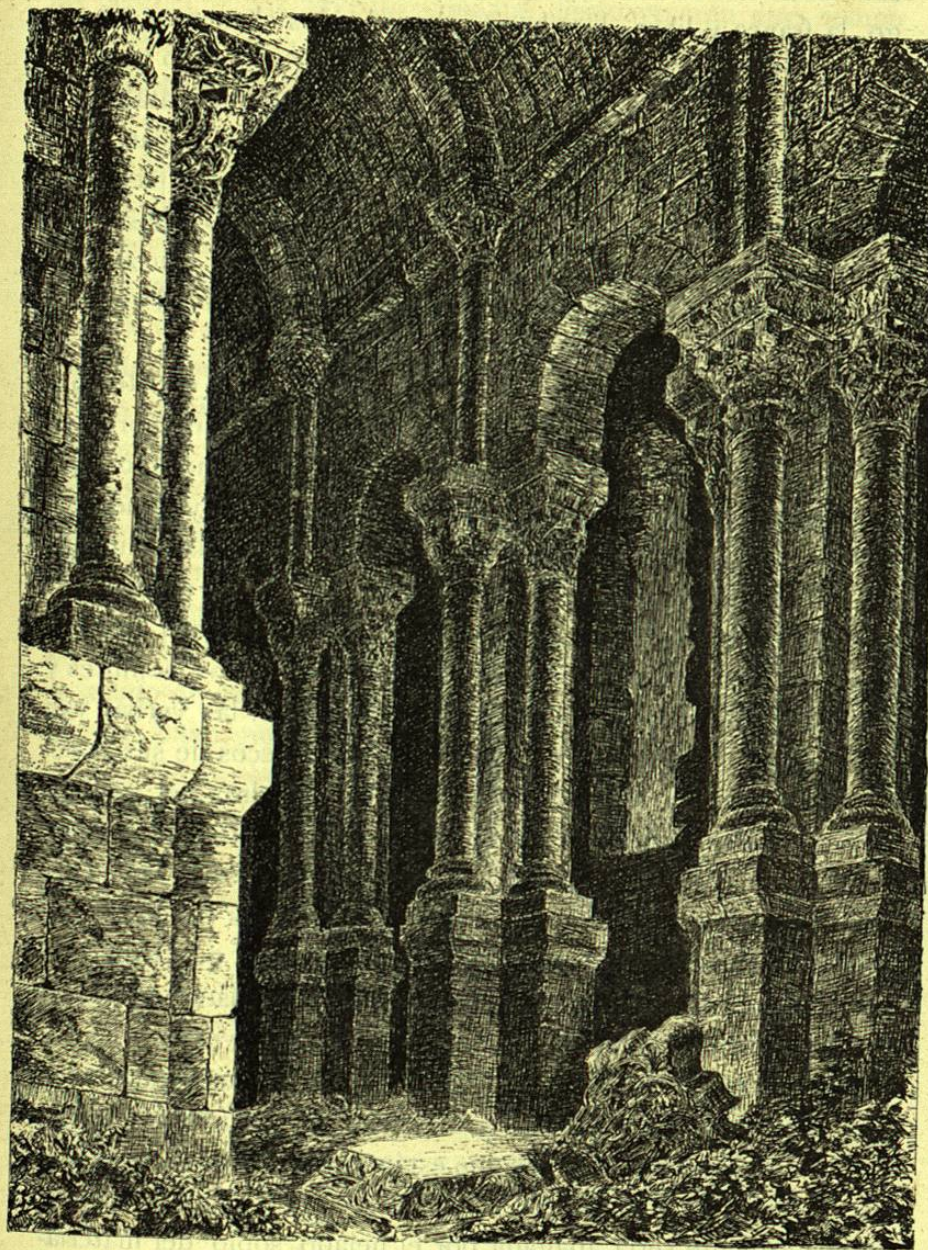
\* Un profundo arco semicircular abre paso á un atrio conocido con el nombre de Galilea, donde junto á la puerta del convento, del cual no quedan ya sino desnudos paredones de mampostería, ostenta la fachada de la iglesia sus cimbras y su frontón coronada de almenas entre dos torres bizantinas. En el fondo de las cimbras, enteramente lisas y de un espesor considerable, hubo evidentemente una puerta historiada, hoy ya sin arcos ni molduras, desde cuyo umbral se descubre en toda su extensión

(1) Perteneció este castillo á los señores de Peralada hasta casi el primer tercio del siglo x: en 929 era ya de los Condes de Ampurias que lo poseyeron hasta el año 974, en que Gausberto lo donó al monasterio junto con toda la tierra de labranza y yerma que había desde él al Mediterráneo.

el templo, gallarda cruz latina, terminada al oriente por el presbiterio, al occidente por el coro, y al norte y mediodía por una puerta y una escalera que conduce al claustro. Dividen en tres naves el árbol de la cruz, grandes pilares cortados en su parte inferior por un triple pedestal continuo, en que descansan tres columnas adornadas de ricos capiteles. De estas sirven las dos para sostener los arcos laterales; la otra levanta sobre su abaco bellamente cincelado otra columna casi de igual altura y corte, en la cual cargan los recios arcos romanos de la bóveda. Siguen esos bellos grupos de columnas hasta el crucero, donde las líneas van simplificándose y los arcos parecen resultar simplemente de la inclinación de los pilares; al entrar en el presbiterio, las tres bajas y pesadas cimbras que lo circuyen, el arco de entrada que descansa en dos columnas disformes, la sombría capilla subterránea á que daban paso entrambas naves laterales, todo revela la mano de otro artista y aun de otro siglo. La nave mayor sólo recibía luz por una ventana semicircular abierta bajo el frontón de la fachada; las menores, sumamente estrechas y desnudas de todo adorno, estaban casi todas sumergidas en una oscuridad profunda; la luz que entra hoy en ellas á raudales por las roturas de las bóvedas perjudica el efecto que debían de producir en otro tiempo. Destruyelo aún mucho más la galería moderna con que quisieron adornarlas, galería mezquina cuyos escombros van ya cubriendo el pavimento. No hay en ellas capilla alguna; sólo las hay en las paredes del crucero y en las del ábside: los altares que para suplir su falta empotraron en las naves, fueron las primeras víctimas del genio destructor que ha destrozado el templo.

\* La nave mayor es la que merece más la atención y el estudio del artista. En ella la arquitectura pagana y la cristiana se confunden, las elegantes formas bizantinas se desarrollan con libertad entre las hermosas y tranquilas líneas que caracterizan el orden corintio; el genio libre y atrevido del arquitecto lombardo agranda y destruye hasta cierto punto las proporciones

matemáticas á que estuvo este sujeto; la regularidad y la variedad se enlazan sin esfuerzo; la severidad, la grandeza y la hermosura campean en todas partes sin que una á otra se destruya. Los pedestales son altos, sin pié, algo derramados en la parte inferior de su cornisa; las bases de las columnas tienen como la ática un plinto, una escocia entre dos toros y dos filetes; los fustes están coronados por un gracioso collarino; los capiteles presentan todos la altura del de Corinto, y algunos hasta sus hojas de acanto y sus caulículos: los abacos, altos y medio alfeizarados, están ceñidos de follajes de una pureza griega. Los arcos son pequeños pero regulares; sus dovelas tienen un corte bello y rigurosamente matemático. Las bóvedas, que arrancan de una cornisa extremadamente sencilla y severa, cargan sobre los grandes arcos que las sostienen, sin que las aristas templen su pesadez, ni clase alguna de revoque encubra la desnudez y lisura de sus piedras. Estas guardan en todo el templo las proporciones y la bien entendida colocación de las que constituyeron los mejores monumentos romanos. Es, pues, evidente que el artífice que construyó este santuario tomó por modelo, al concebirlo, la arquitectura del imperio; mas es también preciso confesar que, como todos los artistas de su época, no comprendió la estética de aquel grandioso estilo, ó no quiso comprenderla. Adoptó sus miembros, pero no siguió las leyes de armonía que para el empleo de estos se seguía invariablemente. Los pedestales son desmesurados; el diámetro de las columnas no guarda proporción con su altura; los abacos son demasiado altos y salientes. La nave mayor es estrecha y muy elevada; las menores son más pasadizos que naves. ¿Qué son, sin embargo, estos defectos? Á pesar de ellos, en conjunto, presenta el templo en medio de su severidad y de su dureza algo de ligero y mucho de elegante; la falta de reglas fué suficientemente suplida por la inspiración y el genio del artífice. La superposición de columnas sobre columnas, la gallarda forma de los capiteles, abacos y collarinos, donde ensayó las más graciosas



SAN PEDRO DE RODA.—RUINAS DE LA IGLESIA